

LA TEORÍA EXPRESSO

Lara se ríe mientras defiende mis argumentos. Le hablo de lo que llamo “la Teoría Espresso”, y de mis cuatro años de demostraciones empíricas, que sostienen mi alegato... aunque gracias a Dios (más bien gracias a mi director de TFG) lo hago con una cerveza (y no con un café) en la mano.

La Teoría Espresso viene a ser algo como “*La ingesta de café es un fiel reflejo de la situación emocional del estudiante universitario. Entre la ingesta y el estado del alumno se refleja una relación inversamente proporcional*”. Y antes de que tú también te eches a reír, permíteme una explicación. Todo se resume en dos sencillas proposiciones:

1. Cuanto más oscuro, menos calma.
2. A mayor cantidad, menor prisa.

Todos nos adentramos en el impresionante mundo universitario con los ojos y los brazos abiertos, (generalmente a nuevas personas con las que esperamos acabar saliendo de fiesta), y aunque se supone que somos formalmente adultos, yo nunca he podido dejar de vernos (a mí y a mis compañeros) como simples prototipos que no terminan de adquirir la autonomía que se les requiere.

Yo inicié esta aventura sabiendo dos cosas: que conocería por desgracia la ansiedad, y que en algún momento me sentiría totalmente perdido. Lamentablemente no existe la carrera de Ciencias del Adivinamiento, así que decidí cursar un grado en Ingeniería Forestal.

–Entonces, según tú, la forma en que un estudiante toma café dice mucho de cómo se siente, ¿no? –Sus cejas se arquean al tiempo que inclina la cabeza.

–Te lo juro, tía. Cuando estábamos en primero desayunabas en casa, ¿verdad? Te despertabas temprano, una ducha caliente, desayuno, mochila y al campus. ¿Me equivoco?

Ella asiente. Le pego un trago a la cerveza y continúo, bastante exaltado. Aunque es una tontería, y como teoría tiene un total de cero unidades de rigor científico, expresarla en voz alta me da un poco de pánico (aunque a estas alturas Lara no va a escandalizarse... una tontería más, una menos...)

–Pues yo también. ¿Y sabes por qué? –No le permito ni abrir la boca para contestar–. ¡Porque para nosotros todavía no existía la ansiedad! El primer año siempre es más bien introductorio, así que todo sucede dentro de una relativa paz. ¿Pero y el segundo año? ¡Ahí empieza el caos! Lara suelta una risilla y me da la razón. Lo sabe perfectamente, porque lo vivimos juntos. Aunque al principio no hablábamos mucho, nos preocupábamos el uno por el otro y siempre

nos las arreglábamos para comer en la misma mesa. Terminamos, casi a la fuerza, llevándonos bien (otra cosa que agradecer a la facultad, vaya).

–Dime una cosa, Larita.

–A ver. –Endereza la espalda y se reclina hacia atrás, supongo que esperando algún comentario bobo, gracioso.

–¿Cómo desayunabas hace dos meses?

Me mira con mayor confianza, entendiendo ahora adónde quiero llegar.

–No desayunaba, por lo general. Si acaso comía algo entre clases, pero en casa era tomarme el café y salir corriendo... –Se queda pensativa unos segundos, después me mira y suelta una carcajada–. Eres un idiota, ¿esa es tu gran teoría?

–¡Eh, un poco de respeto! Eso no es todo. –Me hago el ofendido (creo que no me sale muy bien, las personas ofendidas no suelen reír a carcajadas).

–Entiendo el punto de la cantidad entonces, porque te haces el café justo para tomarlo de un trago, pero –agarra su botellín y da un trago– ¿cuál es el punto con el color?

–Pues que cuando entras en la vorágine de entregas, exámenes y estrés, el café se vuelve negro y amargo: tardas menos tiempo en prepararlo, y sabe tan mal que o te despierta la cafeína o te despiertan los chillidos de tus papilas gustativas. –Cierro los ojos alzando las cejas, en señal de triunfo absoluto, y me recuesto en la silla.

Lara sigue riendo.

–Aunque como teoría casi diría que es buena, espero de corazón que hayas escrito algo mejor que esto en el TFG, cielo... –Sacude la cabeza, apurando su trago–. Ay, ha sido divertido.

Hago un gesto de burla mientras se pide otra. Aprovecho que he terminado oficialmente todas mis obligaciones estudiantiles y hago lo mismo.

Sigo sintiéndome un prototipo de adulto. No me veo más serio, no estoy menos perdido, y la barba no me queda mejor que cuando tenía dieciséis años (una desgracia, porque podría estar guapísimo con ella). Por una parte, haber terminado la carrera me hace pensar que el camino hacia la estabilidad es más corto que hace unos años, y eso me permite estar tranquilo; por otra, me muero de miedo al pensar en lo que pueda venirme ahora. Creo que nada va a igualar la vorágine de eventos de estos últimos años, tanto en lo bueno como en lo malo.

He aprendido a manejar la ansiedad, pero ¿qué se hace con la incertidumbre? Supongo que sentirla, y ya está. No sé qué va a pasar en unos meses, no sé si sabré defender bien mi propio Trabajo de Final de Grado, ni si tendré a Lara a mi lado un año más...

Nos traen las bebidas.

Nos miramos, brindamos, y reímos.

Sé que me llamo Marco, que tengo 23 años (¿es esto luchar contra la incertidumbre?); sé que me alegro de haber terminado por fin con las fechas y los trabajos casi inabarcables y sé que nunca, nunca más, voy a tomar café expresso.